

XXI JORNADAS DE HISTORIA ECONOMICA

ASOCIACION ARGENTINA DE HISTORIA ECONOMICA

UNIVERSIDAD NACIONAL DE TRES DE FEBRERO

Caseros (Buenos Aires), 23 al 26 de septiembre de 2008

Mesa N° 10: RELACIONES ECONOMICAS INTERNACIONALES
COORDINARES: SPIEGUEL, Claudio – CRISORIO, Carolina

La Argentina y el mundo, 1900 – 1938

Los vínculos externos durante la gran expansión agroexportadora y su crisis

Agustina Rayes¹
agusrayes@hotmail.com

El presente trabajo oficia de comunicación del plan de trabajo de tesis doctoral propuesto y de los avances que se han realizado, hasta el momento, en cuanto al estado de la cuestión y al primer acercamiento a las fuentes primarias.

Tradicionalmente, se ha consagrado la imagen de una relación especial entre Argentina y Gran Bretaña durante la Gran Expansión. Esta mirada que dominó la historiografía nacional y extranjera, ha interpretado de forma privilegiada y casi excluyente el vínculo externo de ambos países, en especial desde el punto de análisis económico (Ferns: 1974, 1980). De mayor dificultad para poner en tela de juicio el vínculo durante la etapa de expansión, esta idea no podría ser sostenida, sin embargo, a partir de la crisis, al menos, no sin ser puesta en relación con vínculos que Argentina sostuvo con otros países importantes en el desarrollo del comercio exterior y las inversiones extranjeras. En suma, la propuesta general que guía nuestro proyecto sería que aún no se han realizado estudios sistemáticos que integren estos vínculos y analicen las estrategias² seguidas desde Argentina en su política exterior.

El marco temporal escogido 1900 – 1938 incluye la etapa más madura de la economía agroexportadora, la crisis de la Gran Guerra y la ambigua década del `20, con la prefiguración de cambios en la economía mundial que se profundizarían después de la crisis. Se tratará, además, el decenio de 1930 con miras a analizar el impacto de la Gran Depresión en las relaciones económicas argentinas. Ello permitirá, entre otras cuestiones, una reconsideración del controversial pacto Roca – Runciman (O'Connell: 1984; Alhadef: 1985, entre otros) en una

¹ Licenciada en Relaciones Internacionales (Fac. Ciencias Humanas, UNCPBA). Pertenencia institucional: IEHS (Instituto de Estudios Histórico – Sociales), UNICEN / Becaria doctoral de Historia CONICET – Univ. Torcuato Di Tella.

² Con la intención de no caer en miradas teleológicas, la palabra “estrategia” no implica en el caso particular la presunción de que existieran proyectos planeados por los actores sociales, económicos y políticos que fuesen los que realmente se terminaron implementando, pues es probable que aquellos no tuviesen un control absoluto de la información en el proceso de la toma de decisiones.

perspectiva de larga duración. El corte final del estudio en el año 1938 está relacionado con el estallido de la Segunda Guerra Mundial y, en consecuencia, una nueva situación internacional y nacional para el país, que quedará fuera del alcance de la presente empresa.

Para comenzar, cabría hacer referencia a uno de los pilares de las relaciones económicas internacionales, el comercio exterior (Witker, J. & Hernández, L.: 2002), cuyo abordaje para el caso argentino ha devuelto un retrato de concentración - por destino y procedencia - que, sin embargo, no es compatible con las estadísticas oficiales³; pues a poco de observarlas, se advierte que entre los años 1900 y 1938 - más allá de las fluctuaciones temporales -, las relaciones comerciales internacionales que Argentina sostuvo con Alemania, Bélgica, Holanda, Francia, Italia, España y Estados Unidos (y en menor medida Brasil y Chile) han sido de peso. En el comercio de exportación argentino, Inglaterra apenas si llegó al 20% antes de 1910, subió al 30% durante la Gran Guerra, bajó a una media cercana al 25% en los `20, y volvió a subir después de la Gran Depresión a niveles del 35%, cuando varios de sus *partenaires* comerciales (Estados Unidos, Francia y Alemania, por ejemplo) fueron severamente afectados por la crisis - lo cual puede constituir una clave adicional para explicar el pacto Roca - Runciman. Aún si hiciéramos el cálculo contrafactual de las exportaciones “a órdenes” - uno de los principales problemas que presenta la estadística para el analista porque hasta 1927 para un importante porcentaje de bienes exportados no existía un destino preestablecido y el mismo dependía de las fluctuaciones de los mercados y de otras coyunturas -, generando un promedio a partir del decenio siguiente al momento en que se cuenta con el dato, y a riesgo de caer en el error por tratarse de épocas distintas en el desempeño de la economía argentina, ello no alteraría sustancialmente los resultados finales.

El peso británico fue algo mayor en las importaciones en la primera década del siglo XX oscilando entre el 30% y el 35% en términos relativos a los otros socios comerciales de Argentina, durante la I Guerra Mundial, se produjo un descenso a una tasa del 25% como máximo, del que no se pudo salir en las dos décadas siguientes al fin de la contienda.

Vistas las cifras tan claramente, consideramos que una de las cuestiones que podrían haber llevado a plantear este vínculo en la línea en que frecuentemente fue expuesto, puede estar relacionada con el rol que cabía por aquellos años a Inglaterra como potencia hegemónica y su conexión con América Latina. En este sentido, no deja de ser notorio para el analista que, entre 1895 y 1948, las estadísticas han exhibido resultados relativos entre los países en que Argentina exportó entre el 45% y el 55% de los productos desde la región hacia Gran Bretaña y que importó desde allí, en el mismo período, a niveles crecientes del 22% al 38% - con un pico del 48% en 1938 (Cardoso & Pérez Brignoli: 1999, p. 130 y 131).

Sin embargo, y aunque los datos estadísticos son visibles, dado que existen trabajos en los cuales se ha estudiado exhaustivamente el comercio exterior y las inversiones extranjeras en Argentina (Olivari: 1963; Halperín Donghi y otros: 1965; Williams: 1969; Dieguez: 1972; Di Tella y otros: 1973; Cortés Conde: 1974, 1998; Vázquez Presedo: 1976, 1978, 1979; Randall: 1983; Ferreres: 2005), los estudios clásicos han enfatizado en extremo la relación con Gran Bretaña.

Una vez asentado que los trabajos estadísticos han sido prolíficos en la historiografía nacional y extranjera, quisiéramos también destacar que la multiplicidad de los contactos externos y la importancia de los mercados de Europa continental y Estados Unidos para la economía argentina en el período de nuestro interés han sido sugeridas, previamente, por varios autores (Regalsky: 1986, Rapoport: 1996; Bulmer Thomas: 1998; Míguez: 2005, entre otros).

Tras distinguir entre tres ciclos de inversiones extranjeras en Argentina (1862 - 1875, 1881 - 1890 y 1903 - 1913), Andrés Regalsky (1986) reconoció que el tercero de ellos se generó por distintos motivos. La expansión espectacular de la producción agrícola en la provincia de Buenos Aires, los saldos positivos en la balanza comercial, los acuerdos con los acreedores sobre la deuda pública pendiente tras la crisis y la reanudación del pago, la adopción del régimen de libre convertibilidad del papel moneda según las normas del patrón - oro y el

³ Las ideas vertebrales de este proyecto están basadas, entre otras cuestiones, en el análisis previo del comercio exterior argentino a partir de la observación sistemática de los Anuarios Generales de Estadística de la Nación Argentina (Biblioteca Raúl Prebisch, Banco Central de la República Argentina).

alejamiento de las perspectivas bélicas con Chile, fueron algunos de los alicientes para el impulso a la nueva oleada de inversiones.

En la época, el principal inversor siguió siendo Gran Bretaña, pero los restantes países aportaron más del 50% de las nuevas inversiones. El sector que mayor cantidad de capitales extranjeros recibió fue el de los ferrocarriles – se ampliaron las viejas líneas y se crearon nuevas con capitales franceses. En las inversiones relacionadas a la actividad agropecuaria (estancias, compañías hipotecarias, etc.) destacó la participación de grupos belgas y franceses. Las inversiones sobre sectores técnicamente novedosos, como las compañías de electricidad, estuvieron en manos alemanas. Los tranvías pasaron de capitales británicos a franceses, belgas y alemanes y el desarrollo de los frigoríficos estuvo fuertemente ligado a los capitales norteamericanos.

Este ciclo decayó en el bienio 1911-12 por las tensiones internacionales que preanunciaban la guerra y por la desaceleración del crecimiento de la economía europea. Entre 1921 y 1929 hubo otro ciclo de inversiones, pero con rasgos distintos: diferentes valores a la preguerra, caída de los capitales europeos por transformarse en deudores, apogeo del capital norteamericano, dirección de las inversiones hacia el establecimiento de sucursales, declive de las inversiones en ferrocarriles y destaque de las mismas en el rubro automotriz (automóviles, petróleo, caucho y cemento).

Ahora bien, si nos proponemos revisar la relación angloargentina, debiéramos encarar un primer recorrido por los trabajos más clásicos que se han dedicado a la misma. En este sentido, la obra de H. S Ferns puede ser un punto de partida, aunque el autor recuperó la relación bilateral entre Argentina y Gran Bretaña durante el siglo XIX y sólo se extendió durante la primera década y media del siguiente para explicar la edad dorada en el vínculo. El objeto de su trabajo fue 1) discutir la pertinencia del término “imperialismo” para ilustrar las relaciones anglo-argentinas, 2) mostrar que no existieron las abstracciones Argentina o Gran Bretaña y 3) que si Argentina tuvo una estructura industrial débil y estrecha ello fue por la concentración en la producción agrícola – ganadera y el poder político que el sector ligado a este área tuvo en el diseño de la política nacional (Ferns: 1974, p.487). Para el autor, el punto de inflexión se dio en los inicios de las “presidencias históricas”, cuando los políticos y diplomáticos alentaron la llegada de inversiones británicas. En esta oportunidad, los ingleses instalaron – en un primer momento - bancos y compañías ferroviarias y, luego, participaron de obras de utilidad pública como las redes de gas, agua corriente y el sistema de cloacas. Más allá de la compra en títulos públicos y las inversiones en el negocio ferrocarrilero, los acontecimientos de principios de 1890 detuvieron transitoriamente la afluencia de capital extranjero a Argentina y se redujo a un mero goteo. Desde su perspectiva, a partir de la guerra de los bóers y hasta la I Guerra Mundial se manifestó la relación mutuamente beneficiosa para ambos países. Entonces, Gran Bretaña resultó ser el principal cliente de Argentina y la principal abastecedora. Gracias a este aumento en las exportaciones argentinas, el país vivió un superávit en la balanza comercial con el que podría enfrentar crisis económicas. Esta coyuntura fue explicada, además, por la convergencia de otros factores como el aumento de la productividad y las condiciones favorables en el mercado internacional (aumento de los precios internacionales de las materias primas que se vendían) y que, a diferencia de 1880, esta expansión se realizó sobre líneas ya establecidas y una base más amplia.

Desde una visión estructuralista, Alec Ford analizó la relación entre Argentina e Inglaterra entre 1880 y 1914 mediatizada por el funcionamiento del patrón – oro. Entre sus aportes más importantes destaca el análisis que el autor hizo del papel de Argentina, como país periférico en el comercio internacional, a la luz de su dependencia de los precios internacionales que no controlaba y de la llegada de capitales externos – entre los que sobresalieron los de origen británico (Ford: 1966, p. 155) -, lo que podría traducirse como una correlación entre la entrada de divisas y el nivel de ingresos internos.

En un análisis sobre el comercio británico en América Latina, D.C. Platt (1972) mostró cómo la relación comercial entre Argentina y Gran Bretaña se fue intensificando desde finales de 1870 con los embarques de carne ovina congelada - aunque competía con Australia y Nueva Zelanda. Hacia 1900 la carne vacuna congelada fue ganando el mercado inglés- en crecimiento por el aumento de consumo *per cápita* y el incremento de la población total que no era

abastecida completamente con la oferta local - por gusto y preferencia; y en 1914 Argentina se transformó en un fuerte competidor de la *dairy industry*. Del mismo modo, el éxito en las exportaciones de cereales (maíz y trigo) dependieron del bajo costo y de la mejora en la calidad.

Más allá de los datos duros que podríamos extraer de sus estudios, nos interesaría seguir una idea en particular de D. C. M. Platt, quien en sus distintos trabajos ha propuesto que el servicio exterior británico estuvo ligado a la expansión del comercio y las finanzas de sus nacionales. En un análisis sobre el comportamiento diplomático británico durante la denominada *Pax Britannica* (1968), el autor expresó que todavía en los albores de la I Guerra Mundial - cuando la política británica del *laissez-faire* convivía con la tradición aristocrática -, la expansión de las inversiones en el extranjero estuvo orientada por el desarrollo del comercio exterior. Si bien el autor terminó su obra en 1914, nosotros podríamos continuar esta línea de investigación y extenderla hasta entrada la década de 1930 para analizar el Pacto Roca - Runciman y los posibles motivos que puedan haber terciado en la toma de decisiones y el proceso de negociación por parte de los agentes británicos.

El lazo anglo- argentino no se redujo meramente al comercio exterior, pues también fue relevante - y quizás mayor - el rol de las inversiones. Alexander Craincross (1936) quien estudió las inversiones británicas en el territorio británico y en el exterior entre 1870 y 1913, para lo cual realizó una tipología de inversiones, inversores y rubros, señalando la importancia relativa de los distintos países en el período analizado. En su análisis sobre la historia económica de Inglaterra, William Ashworth destacó que dos décadas antes de la I Guerra aumentó el interés de los capitales británicos por la región americana y que, uno de los países que mayor recepción de los mismos contabilizó fue Argentina (Ashworth: 1960, p. 157). Como dijimos más arriba, según Henry Ferns, la relación dorada se cerró en la I Guerra Mundial, momento en que la iniciativa de las inversiones extranjeras pasó a manos alemanas y norteamericanas (Ferns: 1974, p. 484). Sin embargo, Pedro Skupch (1975), al analizar la pérdida de preeminencia británica en América Latina, precisó la importancia continua como origen de inversiones en Argentina - hacia 1913 se contaban 385 millones de libras que representaban más del 37% de los capitales destinados a la región -, así como de importaciones - entre 1913 y 1927 Argentina absorbió entre el 44 y 46% de las exportaciones a la zona geográfica.

En cuanto a las inversiones de capital ligadas al desarrollo del sistema productivo, sin duda, la etapa de expansión ferroviaria fue dominada por las de procedencia británica - en realidad, como ha mostrado Christopher Platt (1986), no siempre originadas allí en su totalidad. Si hiciéramos una evaluación de la extensión ferroviaria, la misma daría resultados sorprendentes, pues si hacia 1957 se contaba sólo 10 km., treinta años más tarde era de 6.700 km., mostrando a comienzos del siglo una cifra de 16.600 km. y de 33.500 km. en 1914 (Ferrer: 1963, p. 108). Previo a la I Guerra Mundial, Argentina fue la principal receptora de capitales británicos en América Latina y los capitales de este origen controlaban el 70% del millaje (Bill: 1988, p.15), también se ha precisado que una tercera parte de las inversiones extranjeras se concentraron en ferrocarriles y el 60 % de las mismas fueron de origen británico (Díaz Alejandro en Gallo & Ferrari: 1980, p. 374).

Existen diversos trabajos acerca del desarrollo ferroviario en Argentina, en los que la discusión sobre su impacto positivo sobre la economía argentina fue el tema de fondo. En este sentido, Collin Lewis (1983) indicó que, a principios del siglo XX, los inversores extranjeros continuaban viendo a Argentina como un país rentable y seguro, en un contexto de apertura estatal y el ejemplo fue la llegada permanente de inversiones británicas para la extensión ferroviaria. En un análisis sobre el desarrollo ferroviario, Winthrop Wright ha concluido la importancia en las inversiones extranjeras que llevaron a Argentina a tener en 1915 el tercer sistema ferroviario - detrás de Estados Unidos y Canadá - en el continente americano, para lo cual fueron determinantes las inversiones británicas (Wright: 1974, p. 48). Por su parte, Paul Goodwin (1974) estudió la relación de los ferrocarriles británicos durante los gobiernos radicales, analizando las distintas actitudes de las administraciones hacia las empresas extranjeras. Los franceses tuvieron un rol clave en la extensión de las líneas férreas en la provincia de Santa Fe, donde las inversiones se intensificaron por el sentimiento anti-británico tras la crisis de 1890 (Eduardo Zalduendo en Gallo & Ferrari: 1980, p. 452).

Además de lo expuesto hasta aquí, se han realizado otros estudios parciales sobre las relaciones económicas bilaterales que Argentina sostuvo con alguno de los países que buscamos estudiar. Dentro de las mismas – y excluyendo obviamente a Gran Bretaña -, la producción bibliográfica se ha concentrado mayormente en Estados Unidos. Claro que el flujo de inversiones norteamericanas se conocía y estaba patentado estadísticamente desde temprano (Lewis: 1938), pero cabían realizarse interpretaciones que escaparan a la mera mirada desde el socio del norte. Aunque con diferentes perspectivas y modos distintos de abordaje, los autores Whitaker (1956), McGann (1960) Peterson (1970), Rapoport (1980), Escudé (1983), Tulchin (1990) y Norden & Russell (2002), son algunos de los ejemplos de quienes plantearon la relación bilateral. Existe, asimismo, una interpretación - ya clásica - que ha analizado estos vínculos pero mediatizados por un triángulo comercial en el que el tercer actor es Gran Bretaña (Fodor & O'Connell: 1973, Raúl Gracia Heras: 1978).

Si analizamos la importancia relativa del comercio exterior de Argentina en el conjunto de países latinoamericanos en relación a Estados Unidos, notaremos que en las exportaciones hacia el país del norte, entre 1895 y 1948, nunca exhibió resultados que llegasen siquiera al 10% relativo, y en las importaciones sucedió lo mismo, a excepción de los años 1913, 1929 y 1938, cuyas cifras fueron del 20%, 23% y 15%, respectivamente (Cardoso & Pérez Brignoli: 1999, p. 132 y 133). En general, las exportaciones argentinas a Estados Unidos sólo podían estar compuestas por materias primas en estado elemental o por productos semielaborados. Hasta 1900 los cueros dominaron el primer lugar, seguidos por la lana sucia y, en tercer lugar, por el extracto de quebracho. Estudiado el comercio exterior de exportación con Estados Unidos – en términos del conjunto de socios comerciales de Argentina -, notamos que las cifras nunca alcanzan los dos dígitos, a excepción de los años de la Gran Guerra y la inmediata posguerra – en que, sin embargo, con esfuerzo llegan al 20% - y en la segunda mitad 1930, pero con un máximo del 15%. En el comercio de importación, hasta la primera década del siglo XX se exhibe un promedio del 13%, cifras que se elevan considerablemente durante la I Guerra Mundial alcanzando picos del 35% y que, a pesar de que disminuyen en los años siguientes, atraviesan la década de 1920 en un promedio del 25%, para descender estrepitosamente al 15% como máximo en el decenio de 1930⁴, probablemente ligado a los efectos de la crisis económica.

Si tuviésemos que estudiar las inversiones de capitales norteamericanos en Argentina desde los primeros años del siglo XX en adelante, notaríamos la diversidad como primer rasgo característico, más aún desde la década de 1920. Un posible punto de partida pueden haber sido las inversiones en frigoríficos desde 1907, pero pronto, se extendieron al negocio petrolero, al minero (tungsteno, plomo y zinc por ejemplo), a la electricidad desde que la Cate cayó en manos del trust internacional Sofina – compuesta por capitales belgas, alemanes, suizos y norteamericanos -, a otras industrias alimenticias, a la metalurgia, a las industrias de productos eléctricos, a las compañías editoriales, las radiocomunicaciones, las compañías de seguros y el transporte marítimo (Fuchs: 1958)

Es claro, entonces, que la importancia de Estados Unidos pasó por las inversiones directas en industrias manufactureras. Hacia 1929, el 7% de las inversiones totales norteamericanas estaba dirigido a América Latina, y de este porcentaje, el 25% tuvo por destino Argentina (Rowthorn *et al.*: 1973, p. 148). Si hacemos una comparación, es posible notar que entre los principales inversores, Estados Unidos desplazó a partir de mediados de 1920 a Alemania y Francia, quedando en segunda posición como inversor en el país (Phelps en Giménez Zapiola: 1975, p. 333). Dentro de los capitales de este origen, si los empréstitos públicos de corto plazo fueron los protagonistas entre 1914 y 1924, a partir de entonces, llegaron capitales de largo plazo y, desde 1928, fueron mayores las inversiones privadas.

Para la relación económica entre Argentina y Francia ha sido importante el aporte realizado por Andrés Regalsky (2002) ya que, para el período 1880 – 1914, realizó un estudio integral del flujo de inversiones financieras; así como el análisis en determinadas regiones geográficas, tal es el caso de las inversiones francesas en ferrocarriles, en general (Regalsky en Amaral & Valencia: 1999) y en Santa Fe en particular (Regalsky: 1995).

⁴ Información extraída del análisis de los Anuarios Generales de... Op. Cit.

En el período analizado por Regalsky, las inversiones directas fueron entre el 10% y el 20%, lo cual no significa que las inversiones de cartera hubieran sido indirectas. Habían dos sectores posibles: 1) los ahorristas que invertían en títulos que no controlaban y 2) los grupos que promovían y organizaban empresas. Los primeros empréstitos del siglo XX fueron operaciones de conversión que buscaron reemplazar los títulos de mayor interés público emitidos luego de la crisis por otros de renta más baja. Recién en 1908 se efectuaron operaciones que implicaron el ingreso de nuevos fondos, relacionados con la reactivación de las obras públicas. La hipótesis que ha manejado el autor es que los capitales franceses y alemanes – a diferencia de los británicos – tuvieron un interés más financiero que ligado al comercio tradicional. Ejemplo de ello resultaron las siguientes entidades: Banco Germánico de América del Sud (1906), Banco Francés e Italiano (1912) y el Banco Italo – Belga (1914).

Visto que la década y media que recorre 1900 – 1914 fue la de mayor desarrollo de la red de ferrocarriles, y que ello se relacionó directamente con la afluencia masiva de capitales extranjeros en el país, Regalsky se propuso revisar otros factores que podrían haber contribuido al fenómeno, tales como el crecimiento en la agricultura y la competencia de los grupos inversores franceses – supuestamente apoyados por la élite local, contraria a las compañías ferroviarias británicas que aumentaban el costo del flete. Sin embargo, el autor concluyó que hubo limitaciones inherentes al proyecto de competir con grandes compañías británicas mediante líneas aisladas, pues aún cuando existían ventajas como menores costos en la trocha angosta o en la distancia a puntos de embarque, los grupos franceses fueron incapaces de afrontar la guerra tarifaria abierta.

Sobre la relación germano - argentina la obra de Ricardo Weinmann (1994) ha explicado la neutralidad seguida durante la Primera Guerra Mundial por los distintos gobiernos argentinos a partir de los lazos políticos, culturales y – sobretodo – económicos que Argentina mantenía con Alemania. También resulta de importancia para estudiar la relación entre ambos países la obra de Ronald Newton (1995), quien ha analizado las relaciones externas entre la preguerra y Segunda Guerra Mundial mediadas por la presencia de Estados Unidos y Gran Bretaña.

Uno de los trabajos pioneros para mostrar la importancia creciente de los capitales alemanes en Argentina en la primera mitad del siglo XX ha sido la obra de Luis Sommi (1945), quien ha trabajado minuciosamente su desarrollo desde fines del siglo XIX hasta la década de 1940, destacando la participación de los mismos en los siguientes rubros: comercio, bancos, electricidad, transportes, construcción, sector agropecuario, industrias química y azucarera. La hoy polémica hipótesis del autor es que, desde fines del siglo XIX, Alemania buscó “germanizar” América del Sur. Para ello, en Argentina se instalaron distintas fábricas e instituciones financieras, llegando los capitales, primero, a empresas de transporte y como préstamos al estado y municipales. Con el estallido de la I Guerra Mundial, los capitales se ubicaron en industrias, ampliando las existentes, creando nuevas (acero, electricidad y química) o en las nacionales (azúcar, ganado y cereales). Y si durante la contienda, el comercio bilateral desapareció porque las escuadras aliadas dominaron el Atlántico y la producción alemana se concentró en la guerra, en la década de 1920 se recuperó superando los índices previos. Durante el régimen nazi, se incrementó el intercambio comercial por las compras de la industria bélica y la formación de reservas de alimentos. Argentina se transformó en la principal plaza de inversiones y socio comercial alemán hasta la II Guerra Mundial en América Latina (Sommi: 1945, p. 71).

El objeto en la obra de Ricardo Weinmann es el estudio de las relaciones bilaterales entre Argentina y Alemania durante la I Guerra Mundial, procurando ubicar el comercio internacional de Argentina en el mundo. Para su análisis, consideró factores políticos, económicos, culturales, psicológicos en tres niveles: gubernamental, grupos de presión y opinión pública. En este sentido, el autor muestra cómo – aún cuando públicamente era favorecida mayormente la Entente – las firmas alemanas lograron permanecer en el país hasta el fin de la contienda y los bancos alemanes funcionaron llegando a inaugurar, incluso, compañía de seguros. Del mismo modo, continuaron sus trabajos las firmas comercializadoras alemanas de granos – negocio en que Gran Bretaña estaba especialmente interesada para su abastecimiento. Este análisis, sumado al detalle de los destinos de las exportaciones argentinas,

revisten importancia para nuestro trabajo porque queda constancia de la diversificación de las relaciones internacionales argentinas, no sólo acotada al ámbito económico, pero claramente presente en él, y que explicaría – aunque parcialmente – la cuestionada neutralidad del gobierno radical.

Existen, asimismo, obras dedicadas al estudio de los vínculos entre Argentina y España. Aún cuando la mayor parte de ellas están orientadas a períodos posteriores al que nosotros trabajaremos, es posible encontrar trabajos, por ejemplo, para los primeros años del siglo XX (Rivadulla Barrientos: 1992; Fernández: 2004). También hay trabajos para la relación de Argentina e Italia, matizada por el rol de la inmigración en el país (Mercadante: 1970, Nascimbene: 1988, entre otros).

El tema de la inmigración debiera ser revisado y tomado en consideración dentro de nuestro proyecto. El proceso de migración europea 1820 – 1930 significó un amplio movimiento de personas por el mundo occidental sin precedentes. De los 56 millones que viajaron al continente americano, llegaron 6.5 millones a Argentina, reportando el dato estadístico más alto en términos relativos. De hecho, al estudiar los censos de población realizados en 1869, 1895, 1914 y 1947, es posible notar que la población aumentó no por el crecimiento vegetativo - pues si bien cayeron las tasas de mortalidad y morbilidad, también lo hicieron las de natalidad - sino por los saldos migratorios.

La política inmigratoria como irrestricta, de total apertura y el hecho de que las gestiones para el control de los inmigrantes se hicieran una vez que éstos ingresaran al país puede estar argumentado en la noción de la nación argentina como un desierto – concepción que, sin embargo, hoy chocaría con la visión de que Argentina no era un país tan *nurskeano* tal como se retrató habitualmente.

Entre 1850 y 1890 la recepción de italianos del norte e irlandeses que, por entonces, se ajustaban a las prácticas e instituciones católicas da inicio a las primeras oleadas de consideración. A fines del siglo XIX llegaron personas procedentes de distintas regiones españolas, y, desde principios del siglo XX y hasta los 20s arribaron individuos de Europa Oriental y Medio Oriente. En toda esta época, se trató de migración que requería de capital monetario y cultural.

Sin entrar en los debates actuales sobre la temática, quisiéramos destacar que la importancia de la inmigración para nuestro estudio podría estar vinculada a tres cuestiones. La primera, relacionada con la posibilidad de que un porcentaje relevante de las importaciones estuvieran ligadas a los gustos y costumbres culturales de los distintos grupos inmigrantes, aunque esta hipótesis ha sido ya criticada por la no automática relación entre el coeficiente de importaciones y el número de extranjeros de una comunidad determinada, ya que tendrían que cotejarse – para su análisis - otros factores como la mejora en la competitividad en calidad, precios y condiciones de pago, fluidez y regularidad de servicios navieros de carga y el apoyo del estado (Fernandez, A. & Moya, J.: 1999, p. 142). La segunda, ligada a las inversiones extranjeras, pues muchos de los bancos étnicos que se instalaron entre finales del siglo XIX y principios del siglo XX – como el Banco de Italia, el Banco Francés, el sirio – libanés y el español -, que no necesariamente fueron estrategias de identidad, sí prestaban a los connacionales y desde allí se hacían las remesas. Y por último, y quizás de mayor dificultad para los límites y alcances de nuestra empresa, la existencia de redes privadas con vinculaciones a ambos lados del Atlántico que hayan intervenido en el comercio exterior.

Si enmarcamos, además, nuestro análisis acerca de la inmigración en relación directa con los vínculos económicos internacionales del país, y atendiendo a responder al tradicional papel que se le ha otorgado a Gran Bretaña en los mismos, cabría señalarse que, según H. S. Ferns, la ausencia de una inmigración masiva anglosajona – a diferencia de lo ocurrido en Estados Unidos, Canadá o Australia – impidió la modificación de caracteres de comunidades mediterráneas y de su cultura política. A su vez, para el autor, ello puede ser un elemento para comprender el vínculo anglo-argentino, ya que las conexiones económicas fueron primordiales en contraste con lazos políticos ausentes (Ferns en Hennessy & King: 1992, p. 49 y 50).

Y estas ideas, nos adentrarían en un debate – quizás en la primera etapa de nuestro proyecto periférico al mismo pero que no podríamos dejar de señalar – acerca de la posibilidad de aplicar explicaciones culturalistas para entender el desarrollo del país y que pondrían en

perspectiva su desempeño con otras naciones que, durante la primera mitad del siglo XIX, exhibían resultados similares como el caso de Canadá y Australia.

La historia de las relaciones internacionales argentina tiene sólo algunas décadas de antigüedad. Recién en la segunda mitad del siglo XX, y al calor de la difusión de la corriente estructuralista⁵ - aunque no exclusivamente de ella, pues encontramos elementos de la escuela francesa y de la tradición anglosajona de estudio de las políticas burocráticas -, se incorporaron a los análisis de la diplomacia conceptos procedentes de disciplinas como la ciencia política, la sociología y la economía. Pero el avance más cercano a las posiciones que en la actualidad se manejan es el que tuvo lugar desde principios de 1980.

El estudio de la política exterior, en sus versiones más antiguas y más actualizadas, continuó amparándose en la relación angloargentina para comprender el período, aún cuando fue reconocida la amplitud de relaciones bilaterales del país.

Uno de los clásicos estudios es el de Isidoro Ruiz Moreno, cuyo análisis de los vínculos bilaterales quedó enmarcado en la selección de algunos acontecimientos que ilustrasen los conflictos del momento. La conclusión más destacada que el autor ha señalado para el período que nos ocupa es que en las relaciones internacionales argentinas intervinieron tres factores: el territorial, el jurídico y el político – quedando ausentes lo estratégico y económico (Ruiz Moreno: 1961, p. 9). También Gustavo Ferrari ha expuesto que entre las constantes de la política exterior argentina estuvo el europeísmo y la oposición a Estados Unidos por cuestiones geográficas, intereses comerciales, consideración de la diplomacia europea y por la rivalidad hemisférica entre ambos países (Ferrari: 1981, p. 17 y 18).

Entre las obras más actuales dedicadas al análisis de la trayectoria de la política exterior argentina ha sido de consulta frecuente la de José Paradiso, quien subdividió al período respecto a modelos de inserción diseñados en política externa. Mientras la época del radicalismo fue retratada como un momento de apertura al mundo, en el que, sin embargo, los intereses de los productores agropecuarios locales y los frigoríficos extranjeros rigieron estrechando de manera creciente la dependencia del mercado británico (Paradiso: 1993, p. 71); la crisis de finales de los '20, llevó al abandono progresivo de el librecambismo para pasar al bilateralismo.

Respecto al sistema económico internacional, existe un consenso ya establecido en el medio académico acerca de que las décadas previas a la I Guerra Mundial fueron de plena integración del mercado mundial. La división entre las nuevas áreas agrícolas y los centros especializados en manufacturas y servicios fue la estructura naciente. La llegada de tecnología – asociada al exterior – fue vista por los contemporáneos como un gran salto hacia adelante. Entre los principales productos que Argentina exportó en el período que nos interesa, destacaron: lino, maíz, trigo, carne y lana. Dentro de este esquema, Broadberry y Crafts (1992) estudiaron los mercados británicos de carnes y de granos, llegando a la conclusión de que Argentina se convirtió en gran proveedor por las nuevas tecnologías del transporte y por la desaparición del rol hegemónico de Estados Unidos como exportador de alimentos, ya en la etapa pre-bélica. Según datos proporcionados por Vicente Vazquez – Presedo, la razón importación – exportación cambió entre 1889 y 1912 en una proporción de 33/24 y 77/96 a nivel general, y de 38/12 y 96/166 para el comercio británico (Vazquez Presedo: 1968, p. 2)

La idea de que Argentina – al igual que otras áreas de similares rasgos tales como Canadá, Australia, Nueva Zelanda, Sudáfrica y Uruguay – se vio beneficiada del *boom* secular del comercio y la producción internacionales entre 1820 y la I Guerra Mundial por la migración de factores (Cardoso & Perez Brignoli: 1999, p. 108), pareciera ser una base de la que partir a la hora de contextualizar la etapa de expansión agroexportadora.

Vista en retrospectiva por uno de los analistas que más arduamente ha trabajado los datos estadísticos argentinos, Vicente Vazquez – Presedo (1968), ha indicado que Argentina era hacia 1870 una llanura fértil con escasa población, en la que los vacunos y ovinos se reproducían libremente y en donde las poco importantes exportaciones de lanas, cueros, sebo y tasajo no favorecían la llegada de importaciones, cuya crónica escasez mal podía solucionarse con los empréstitos que arribaban al país – y que dejaban a Argentina muy por debajo de otros países importadores iberoamericanos como Brasil, Perú o México. Lo sorprendente para los

⁵ Dentro de la corriente estructuralista incluimos las teorías cepalinas del centro – periferia y otros enfoques dependientistas.

observadores contemporáneos y los estudiosos del período ha sido cómo en tan sólo unas décadas se produjo el “despegue” – al menos en el terreno del comercio exterior - de un estado con tan poco promisorias condiciones iniciales. Entre otras razones, podríamos citar las tan mentadas inversiones en ferrocarriles – claves para la colonización y el desarrollo agrícola -, la expansión demográfica, la industrialización europea, el libre movimiento internacional de capitales y mano de obra.

Desde 1890 Argentina experimentó saldos positivos anuales en el comercio de capitales, pues se había transformado en exportadora con tasas de interés bajas, lo cual derribaría la creencia de la escasez de capitales locales en el Río de La Plata - que fueron, incluso, los que alentaron la temprana industrialización. En este sentido, es destacable la creación del Banco de la Nación Argentina tras la crisis económica. Ello no quiere decir, no obstante, que los mismos no fuesen importados. De hecho, existieron distintos proveedores, más allá de los conocidos capitales ingleses, como los norteamericanos, italianos y alemanes – estos últimos invertidos en determinados ramos en los que tenían ventajas comparativas.

A la supuesta verdad incuestionable de que las casi tres décadas y media que recorren desde 1880 hasta 1913 – más allá de altibajos propios de cualquier economía –, significaron un crecimiento extraordinario para Argentina (Roberto Cortés Conde: 1994), cuyo motor fue el comercio exterior, hoy le surgen opositores. La nueva historiografía sospecha que el período de bonanza pueda ubicarse en las últimas décadas del siglo XIX. De hecho, el lapso 1873 – 1895 es visto como una época de gran crisis, en la que las inversiones británicas llegaron porque no tenían mayores opciones como destino y, según autores como A. Ford o H.S. Ferns, los frutos de capitales que llegaron para la infraestructura en los 80s se advirtieron recién en las décadas siguientes. De esta manera, y en contra de hipótesis institucionalitas, se sostendría que Argentina no crecía tanto como se ha creído y que las riquezas de las exportaciones de cereales y carnes comenzaron a recogerse desde 1900. En esta línea de argumentación, lejos del orden que tradicionalmente se ha retratado a partir de 1880 como corolario de la consolidación del estado nacional, se podría sostener que el inicio del crecimiento se registró en un clima de desorden, inestabilidad institucional e incumplimiento de los contratos (Gerchunoff, Rocchi & Rossi: 2008). Sin embargo, la sensación de progreso fue advertida por la sociedad en su conjunto al cumplirse el centenario cuando el espíritu optimista traspasó las cuestiones económicas, aunque nosotros atendamos más concretamente a estas últimas.

Pese a las actuales críticas al institucionalismo - muchas veces dirigidas por la imposibilidad de explicar la relación directa entre la estabilidad institucional y el crecimiento económico -, y que rebajemos, en todo caso, la idea de que las reglas de juego capitalistas estables conlleven al crecimiento económico del país, no podemos dejar de sostenerla en algún punto. Pues, si bien es cierto que – dejando de lado los matices regionales – Argentina creció antes y después de la supuesta administración roquista, tenida tradicionalmente como paladín del orden administrativo, y que no siempre los índices de crecimiento positivos se enlazaron con situaciones institucionales estables – que, de todas maneras, ello habría que precisarlo – no podemos dejar de señalar la importancia de un mínimo de seguridad jurídica para la llegada de capitales extranjeros. De hecho, en su ya clásico trabajo Fred Rippy (1959) ha señalado que en 1880 el 68% de las libras esterlinas invertidas en América Latina fueron destinadas a préstamos a los gobiernos, siendo los porcentajes del 46% y del 32% para los años 1890 y 1913, y que ello se debió al compromiso estatal de un rendimiento mínimo que, de no alcanzarse, era compensado por los fondos públicos.

Analizando los años previos a la I Guerra Mundial, los resultados indican que, entre 1900 y 1914, y con la sola excepción del año 1911, la balanza comercial argentina exhibió saldos positivos. Entonces, el comercio exterior reflejó la estructura productiva del país, es decir, fueron exportados mayoritariamente bienes primarios y se importaron bienes de capital y de consumo – generalmente - no producidos en Argentina (Gerchunoff & Llach: 2007).

Más allá de que nosotros atendamos a la idea de expansión en la economía agroexportadora en el plano exterior, no dejaremos de hacer referencias permanentes y necesarias al marco doméstico. En este sentido, Cortés Conde ha sido uno de los primeros en señalar la importancia de estudiar los modos y medios que operaron configurando el espacio, el mercado nacional de mercancías y los factores de producción (Cortés Conde: 1979, p. 9). Para

señalar los distintos factores que permitan dar cuenta de la etapa de expansión agroexportadora, podríamos mencionar algunas de las ideas principales que la historiografía nacional y extranjera han manejado hasta nuestros días.

El desarrollo agrícola como factor importante en el aumento del comercio exterior argentino fue analizado por distintos autores. Roberto Cortés Conde usó el modelo de las economías de exportación como herramienta para entender su impacto en la economía en general. En este sentido, el autor concluyó que la actividad agropecuaria en el país se desarrolló a partir de 1890 no sólo por la oferta de recursos preexistentes, sino por la incorporación de factores desde el exterior (Cortés Conde: 1969, p. 10). En una mirada tal vez complementaria a esta premisa propuesta podríamos ubicar el análisis de Roger Grivil que destacó la demanda de las naciones industrializadas para alentar la exportación de materias primas en países como Argentina (Grivil: 1970/1, p. 396).

Si por un lado, la extensión de la superficie cultivada no explicaría por sí misma el aumento de las exportaciones agropecuarias, sino que rendimientos crecientes se habrían debido a la mejor organización en la producción, a su vez, ligada a la aplicación de nuevas tecnologías (Roberto Cortés Conde en Gallo & Ferrari: 1980); por el otro, debiéramos enumerar los siguientes elementos: disminución de los costos de los fletes marítimos y acondicionamiento para productos congelados, incorporación de mano de obra, tierras y capitales, un marco político estable, contexto internacional de *Pax Britannica* y liberalismo gubernamental en comercio y movilidad de factores de producción (Carlos Díaz Alejandro en Gallo & Ferrari: 1980).

Para explicar el período 1880 - 1914, A. G. Ford entendió que Argentina se convirtió en la principal exportadora de materias primas por la especialización productiva, dados su ventaja relativa y el rápido desarrollo de un área limitada de producción. Según el autor, el *boom* fue financiado por las inversiones extranjeras y su principal contribución fue la creación y expansión del servicio de transporte (Ford en Gallo & Ferrari: 1980, p.497 y 501). Por otra parte, inclinado por la versión que otorga un rol fundamental a la formación de mercados de capitales y al volumen de inversiones extranjeras que arribó al país, se encuentra el trabajo de Guillermo Vitelli (1999).

Las inversiones británicas habían retomado el rumbo a Argentina en 1860, frenándose en la década siguiente y, luego, continuaron como un *boom* con pequeñas crisis en 1885/6 hasta 1890, momento en que tuvo lugar un espectacular *crash* financiero, del que Argentina pudo salir y expandirse, a costa del comercio exterior, particularmente desde 1905. Según datos proporcionados por Herbert Feis, hacia 1914, del total de 756 millones de libras esterlinas invertidos por Gran Bretaña en América Latina, 319 millones correspondían a Argentina (Feis: 1965, p. 23). Es destacable que los capitales británicos dominaran, a través de reconocidas firmas internacionales, el comercio minorista de bienes de consumo hasta entrada la década de 1920 (Grivil en Giménez Zapiola: 1975).

La Primera Guerra Mundial afectó profundamente a la economía argentina, dado que declinó el flujo de capital, mano de obra y manufacturas antes proveniente de Europa – aunque el descenso no repercutió en todos los rubros por igual. Esta cuestión ha significado una especie de “bisagra” entre lo que habitualmente fue retratado como una economía internacional “liberal” y que, posteriormente, dejó de serlo en forma estructural (Aldcroft: 1980, Kindelberger: 1992; Hobsbawm: 2006, entre otros). La I Guerra Mundial fue, quizás, un factor primordial en las decepcionantes direcciones que siguió Argentina durante esa década, por ejemplo, disminuyó en 6/7 partes la importación de maquinaria pesada y equipos de fábrica y en 2/3 la importación de carbón (Van Der Kerr: 1974, p. 10).

A partir de la I Guerra Mundial, es claro que las inversiones británicas debieron competir con las que procedían de otros países de Europa Occidental y de Estados Unidos (Cisneros & Escudé: 2000). Pero, como se señalara anteriormente, ya desde comienzos del siglo XX, la presencia francesa y alemana fue significativa (Regalsky: 1986), y el capital de Estados Unidos se hizo presente particularmente en el negocio frigorífico. Como se sabe, entre finales del siglo XIX y la I Guerra Mundial, las inversiones norteamericanas se quintuplicaron, pero sus principales zonas de destino fueron México y Canadá (Underwood Faulkner: 1956, p. 637/8). La enorme expansión de la industria y la agricultura durante la contienda favoreció la

triplicación del comercio exterior norteamericano que, desde entonces, suplió a Alemania en algunos países de América Latina.

Walter Beveraggi Allende (1954) analizó la alta dependencia de Argentina del capital extranjero y de las exportaciones para el crecimiento económico y concluyó que el gran problema de Argentina fue que tuvo que pagar la deuda externa pública y privada en momentos en que había hecho crisis el sistema multilateral de comercio internacional y que la actividad económica estaba deprimida en el mundo. Es importante en su obra el papel que otorga a las inversiones estadounidenses, que llegan en forma creciente desde finales de la I Guerra Mundial.

La conflagración constituyó un punto de inflexión en las relaciones anglosajonas. Desde entonces, fue notoria la pérdida de preeminencia de Gran Bretaña en algunos rubros comerciales, tales los casos de ciertos productos manufacturados. Los efectos más resonantes de la I Guerra Mundial sobre la economía británica bien podrían resumirse en dos problemas a abordar por el estado y la sociedad de entonces: relocalizar las relaciones económicas de las industrias declinantes y restaurar la expansión (Williams: 1971, p. 18). La pérdida de capitales y brazos, la disrupción del comercio internacional y una inapropiada estructura industrial fueron los basamentos frágiles sobre los que emergió Gran Bretaña al término de la contienda. La competencia de Estados Unidos, tenida en cuenta como el factor que dio el toque de gracia a esa suma de conflictos, sería un punto a discutir en la perspectiva de nuestro trabajo.

Después de la I Guerra Mundial - y aunque Inglaterra continuase dominando el stock total, acumulado anteriormente en el rubro ferroviario (Phelps; Rippy 1959) - la verdadera dinámica de inversiones se originó en Estados Unidos, con destinos más variados, entre los que se ha destacado la nueva industria (Rocchi: 2006). Sin embargo, prevalece la tradicional idea de que la dependencia del mercado inglés restringió la llegada de inversiones estadounidenses, cuyos capitales se dedicaron al negocio frigorífico, al sector eléctrico y a los préstamos a los gobiernos nacional, provinciales y locales (Sommi: 1949).

Sara Caputo de Astelarra, bajo la perspectiva de que los cambios en la posición hegemónica de Inglaterra y Estados Unidos afectaron el modelo de crecimiento económico argentino, ha precisado que la I Guerra Mundial constituyó un punto de inflexión en el comercio exterior de manufacturas porque, hasta entonces, Inglaterra competía con otros países europeos para colocar bienes manufacturados y Estados Unidos atendía mercados en que los ingleses no competían (por ej. maquinaria agrícola) y, luego de la contienda, los norteamericanos ganaron preeminencia en rubros como la maquinaria en general y los transportes. La autora, incluso, usó el coeficiente de intensidad del comercio para demostrar que durante la década de 1920 crecieron las relaciones entre Argentina y Estados Unidos, coincidentemente con la transformación del primero en uno de los mayores demandantes de manufacturas dentro de los países semiindustrializados (Caputo de Astelarra: 1984, p. 596).

También Pedro Skupch (1975) ha analizado el deterioro y fin de la hegemonía británica sobre la economía argentina entre la I Guerra Mundial y 1947. Entre los motivos que el autor ha señalado destacó la pérdida de dinamismo en el comercio internacional de manufacturas por el temprano y largamente sostenido desarrollo del poder industrial que derivó en falta de educación técnica, la ausencia de empresarios emprendedores y los bajos salarios y el exceso de mano de obra que desalentaron las inversiones.

Respecto al peso que Estados Unidos tuvo para la economía argentina en los años inmediatamente anteriores a la Gran Guerra, Phelps (1938) ha señalado que las relaciones económicas entre ambos países no fueron importantes y que las mismas cambiaron desde 1918. Entre ese año y 1923 se produjo la “fiebre del petróleo” en Argentina con la consiguiente entrada masiva de capitales externos para invertir en el sector. Desde entonces, aparecieron los grandes consorcios internacionales de capitales norteamericanos, pero también noruegos, franceses, holandeses y chilenos. Sin embargo, existe una hipótesis que indica que, tanto los diplomáticos como las compañías petroleras británicas, contaron con mayor margen de negociación frente al segundo gobierno de Yrigoyen – favorecidos, a su vez, por la mirada hostil y preocupada de esta administración frente a la penetración norteamericana (Mayo *et al.*: 1976, p.118), lo que no significó que no hubieran otros problemas con los británicos (por

ejemplo, la revocación de la rebaja arancelaria de la seda artificial y el cierre de la Caja de Conversión).

Los capitales norteamericanos se dirigieron a la industria extractiva con el establecimiento de la International Cement Co. y la Standard Oil en 1917. En los 20s los inversores compraron acciones en las compañías de ferrocarriles inglesas y se orientaron a los títulos públicos, además de las consabidas filiales de empresas automotrices y de montaje de productos electromecánicos.

Un estudio realizado por García Heras (1985) ha buscado mostrar la competencia entre los capitales norteamericanos y los ingleses a partir del crecimiento de la industria automotriz en Argentina con la sucesiva instalación de subsidiarias estadounidenses en el rubro- facilitada por el aumento de aranceles para los autos terminados importados, el crecimiento de las urbes y los precios más competitivos en el mercado argentino. De hecho, algunos hechos de las décadas de 1920 y 1930 podrían ser interpretados en este sentido. La misión D'Abernon de 1929 informó al gobierno británico sobre el aumento de la demanda de productos no suministrados por ese origen o la Exposición de Artes e Industrias Británicas de marzo y abril de 1931, cuyo objetivo era – entre otros- recuperar la venta de automóviles.

El final de la contienda afectó la venta de productos alimenticios argentinos por el descenso demográfico en los países beligerantes así como por su pronta recuperación. Por otra parte, las relaciones económicas internacionales, en general, se tornaron difíciles por las enormes reparaciones impuestas a Alemania y por la existencia de grandes deudas entre los Aliados (Maddison en Cipolla: 1982).

Aún cuando Roberto Cortés Conde haya afirmado que desde la década del `20 se inició un período de inestabilidad, también reconoció que el efecto que tuvo sobre la inversión el hecho de que en la posguerra Gran Bretaña no continuara siendo la mayor fuente de ingreso de capitales fue probablemente exagerado, por cuanto la estructura principal ya estaba, sólo fueron necesarias inversiones de menor magnitud, que pudieron proceder de otros países (Cortés Conde: 1998, p.31).

Sería importante, a los fines del proyecto, observar cómo evolucionó la oferta local en el comercio internacional y cómo la afectaron los cambios ocurridos en el mundo, así como las transformaciones producidas al interior del país. Durante el decenio de 1920 Argentina participó activamente en el comercio internacional. Gerchunoff y Llach (2007), en términos de crecimiento comparado, han argüido que hasta 1917 – sequía y I Guerra Mundial mediante – se dio una convergencia, que se retomó en la década del `20 y que sucumbió ante la crisis del `30 – alterada por la bonanza en los precios. Distinta ha sido la mirada de O'Connell (1984), quien no encontró a la década del `20 como próspera y armoniosa, sino que la consideró como un eslabón más del ciclo económico al que el país se hallaba expuesto por su alto grado de apertura.

Adentrándonos, entonces, en el debate sobre el desempeño económico argentino en entreguerras, pero fundamentalmente en la década de 1920, hallamos dos miradas diferentes. Por un lado, la propuesta de Carlos Díaz Alejandro (1983), para quien la I Guerra Mundial sólo constituyó un paréntesis en la etapa dorada de la economía argentina. En este sentido, el autor se ubicaría en la idea de continuidad, al igual que Arturo O'Connell para quien, sin embargo, se trató de un momento en que se vio reflejada la alta dependencia de los vaivenes de la economía internacional. En el extremo, estaría Roberto Cortés Conde que, lejos de plantear una línea de continuidad, marcó las diferencias del período señalando las rupturas.

Claro que la idea de vulnerabilidad surgió antes entre los contemporáneos que entre sus intérpretes luego, pero esto con ciertas características. Evitando caer en las trampas de la teleología, no podríamos dejar de apuntar que muchos de los hombres de la época advirtieron que la contienda había puesto un freno a un crecimiento que, más temprano que tarde, se desaceleraría por la escasa diversificación productiva y exportadora.

Como se observa, la época a analizar resulta relevante, más allá de nuestra propuesta concreta, porque abrió un debate acerca de la pérdida del rumbo al desarrollo económico del país, tan promisorio en los primeros años del siglo XX. Entre las interpretaciones pesimistas del comercio exterior, podríamos citar la vertida por Guido Di Tella y Manuel Zymelman (1973), bajo la cual la fase 1914 – 1932 - en una mirada comúnmente entendida como rostowniana, a su vez influida por la Escuela Histórica Alemana – constituyó la “gran demora”, momento en

que estaban dadas las condiciones para el *take off* y las mismas fueron obstaculizadas. También aquí nace otra discusión acerca de cuál ha sido el significado de esa “demora” y las respuestas dadas por sus intérpretes posteriores han variado desde la lentitud de cambios en las mentes de las clases dirigentes hasta la ausencia de políticas acordes para favorecer la industrialización. Di Tella compartía las ideas con Bunge acerca de que el crecimiento en el país se pudo lograr mientras se incorporaran tierras y que, una vez agotada la “frontera agrícola”, los gobiernos debieran haber encarado políticas industrialistas. Esta premisa también es afirmada por R. Cortés Conde, para quien, sin embargo, la demora se asemeja más una desaceleración que al rezago que, según el autor, se podría ubicar luego de la II Guerra Mundial. En esta línea, se ha expresado que en la década de 1920 los gobiernos centrales no fueron tan activos porque ello no era necesario como sí lo sería un decenio más tarde. El crecimiento – advertido en la importación de bienes de capital - estaba presente desde 1917, se frenó con el *shock* de la Gran Depresión y retomó su rumbo desde 1932 para frenarse en 1948. En tal caso habría que discernir entre crecimiento industrial e industrialización y ello nos llevaría a un debate que escapa a los fines de nuestra empresa.

Por otro lado, existe la interpretación de Carlos Díaz Alejandro que indica, al revés de las teorías dependencistas o pesimistas como la de Di Tella, que a Argentina le fue bien en términos económicos mientras tuvo una política de apertura. En la década de 1930 factores externos llevaron al cierre de su economía, pero la declinación se inició cuando Argentina debió abrirse nuevamente y no lo hizo en los 40s. Rivalizando, entonces, con la idea de la “gran demora” durante la I Guerra Mundial y la década de 1920, Díaz Alejandro entendió que si, entre 1914 y 1917, en Argentina se vivió una etapa de depresión por la baja en la entrada de capitales – dada la restricción monetaria de la contienda – y el declive en las exportaciones de cereales – por falta de barcos – sumados a la detención de las inversiones en capitales sociales fijos y a la disminución de importación de maquinarias; entre 1917 y 1929, el país asistió a una recuperación de capitales y exportaciones que hicieron que las autoridades no creyeran necesario realizar grandes innovaciones en la época, a excepción de que los funcionarios pudieran prever la Gran Depresión, y ello resulta poco probable (Díaz Alejandro en Giménez Zapiola: 1975).

El país era sometido, pues, a una importante pérdida de riqueza cuando se lesionaba en tal medida el precio relativo de los productos que exportaba y se interrumpía abruptamente su acceso al crédito del exterior. Bajo tales condiciones, la producción argentina, aún creciendo, pasó a valer menos medida en moneda extranjera. Otra manifestación visible de tan repentino y hostil efecto fue el súbito freno en el valor de las exportaciones: crecieron apenas un 3% promedio anual entre 1918 y 1928, en contraste con valores del orden de 10% en las primeras dos décadas del siglo. Podría argumentarse que la evolución de las exportaciones de acuerdo a sus tasas promedio de crecimiento esconde el hecho de que hubo ciclos de marcada expansión y retracción durante la década: las ventas al exterior se recuperaron considerablemente entre 1921 y 1924, y entre 1926 y 1928 –dando la impresión, sobre todo en este último episodio, de que se había regresado a la normalidad reinante antes del conflicto. De cualquier forma, un dato es contundente: al finalizar los veinte las exportaciones no superaban sus niveles de diez años atrás (Gerchunoff & Aguirre: 2006, p. 15 y 16).

Más allá de que no nos adentremos en profundidad en la discusión acerca de los posibles orígenes de la decadencia argentina, no dejan de ser interesantes las conclusiones vertidas sobre el asunto porque ello nos remite a una idea que sería importante de considerar en nuestro estudio, vinculada a las posiciones relativas del país en relación a otras economías nacionales. Al parecer hasta finalizada la primera mitad del siglo XX a Argentina no le fue tan mal, lo cual contrasta con la hipótesis clásica y alimenta la premisa de que el deterioro relativo de Argentina se daría con cierta independencia de las políticas económicas que se apliquen.

Además, la década de 1920 es particularmente interesante a los fines del presente proyecto porque pone en tela de juicio un argumento standard que sostiene que la rivalidad entre Estados Unidos y Argentina se debió al carácter competitivo de sus economías. Y, si bien ello puede ser parcialmente cierto para las últimas décadas del siglo XIX en que ambos países vendían en el comercio internacional similares productos agropecuarios, la situación cambió cuando en Estados Unidos cristalizó el proceso de industrialización. No sólo las importaciones

argentinas se componían por proporciones cada vez más crecientes de productos norteamericanos, sino que capitales de ese origen llegaron para radicarse en diversas inversiones en el comercio de carnes y de granos.

En los 20s el comercio de carnes estaba en manos de compañías extranjeras norteamericanas (Swift, Armour y Morris), inglesas (Vestey Brothers, Smithfield y Argentine Meat Co.), angloalemanas (Meat Co. Ltd.) y anglofrancesas (Sansinena). Hacia 1923, las empresas estadounidenses se encargaban del 52% de la exportación y las inglesas del 25% (Gravil: 1971: p. 396). En la I Guerra Mundial destacaron el auge de los monopolios norteamericanos de carne y su control, lo cual generó escasez de este producto para el mercado británico. La contienda aumentó artificialmente el precio del ganado – y ello reportó 4 veces más ganancias para las cinco compañías norteamericanas que en los niveles de preguerra (Van Der Kerr: 1974, p. 119/120, 131). El comercio de granos parecía estar más repartido, pero en la práctica sólo tres empresas multinacionales retuvieron una proporción abrumadora de las exportaciones de trigo, maíz, lino y avena (Bunge & Born Ltda., Louis Dreyfus & Cía. Ltda. y Luis de Ridder Ltda.). En un estudio dedicado al impacto de la I Guerra Mundial en Brasil, Perú, Chile y Argentina, Albert Bill expresó que en los años inmediatamente anteriores a la conflagración, más allá de la alta dependencia del mercado externo británico, la comercialización y el proceso de exportación estaban dominados por compañías extranjeras (Bill: 1988, p.14) – la exportación de granos estaba dirigido por 9 compañías, de las que las llamadas *Big Four* controlaban el 65% de los embarques, y el *meat – packing* estaba controlada en 32.5% por capitales británicos y el 42.6% por norteamericanos. En la misma obra el autor señala la dificultad de los intereses norteamericanos en la economía argentina dada su estrecha ligazón con Gran Bretaña y los cambios en el comercio con Alemania.

En trabajo ya clásico, Peter Smith (1968), cuyo planteo central giró en torno a interpretar las luchas de los distintos actores en el negocio de la carne a fin de entender el clima político general de la época, mostró las diferencias que existieron entre los capitales norteamericanos – que se posicionaron en el comercio de la carne enfriada desde los primeros años del siglo XX hasta los efectos de la Gran Depresión. Pero un trabajo más antiguo ha sido el de Simon Hanson, quien analizó el comercio de la carne con relación a Gran Bretaña. Para el autor, la bisagra en el mismo se dio con la aparición del frigorífico y las nuevas técnicas de conservación y transporte de los productos ganaderos en las últimas décadas del siglo XIX (Hanson: 1938, p. 17).

Como sea, y más allá de los resultados que exhiba *a posteriori* nuestra investigación no deja de sorprender al lector del período que hacia 1929 – y luego de atravesar duras coyunturas – Argentina fuese uno de los países más exportadores del mundo, estando dentro del índice de exportaciones *per cápita* en noveno puesto, sólo superada por pequeños países de Europa occidental como Dinamarca, Bélgica, Holanda, Suiza y Suecia y por los tres dominios británicos Canadá, Australia y Nueva Zelanda (Llach: 2006, p. 9). Desde entonces, sin embargo, se dice que la caída de las exportaciones fue visible tanto en la “participación interna” como en la “participación externa”⁶.

El decenio de 1930 es importante de ser analizado por varios motivos. En primer lugar, estuvo caracterizado por el proteccionismo en la economía internacional, en general, y Argentina no escapó a esta tendencia. Desde el Estado, se tomaron medidas propensas a la intervención en asuntos económicos (aumento en aranceles, incremento de tasas de correo y telégrafos, impuestos a transacciones entre empresas, gravamen al combustible, compra de granos a precio sostén, creación de Junta de Granos y Carnes y restricciones al movimiento de divisas, entre otras). En segundo lugar, en esta época se firmó el ya mencionado Pacto Roca – Runciman que dejó un reguero de interpretaciones historiográficas desde sus negociaciones hasta nuestros días. Comúnmente las críticas al convenio se concentraron sobre las leyes de coordinación de los transportes y la dependencia del mercado único, con lo que se violaba la soberanía económica (Galasso *et al.*: 1969).

⁶ La “participación interna” alude a la evolución de las exportaciones en relación al tamaño de la economía argentina y la “participación externa” refiere a su relación con las exportaciones mundiales.

Ello puede explicarse, aunque parcialmente, por el predominio – más aún en América Latina - de las teorías del imperialismo y la dependencia hasta la década de 1970/80, así como por una visión basada en el papel del comercio y - especialmente - de las inversiones británicas en el siglo XIX, cuando fueron cruciales para el crecimiento de ciertos sectores económicos del país, o por la perspectiva que enfatiza el vínculo británico observando la etapa 1900 - 1930 a la luz del acuerdo Roca – Runciman, la Gran Depresión y la II Guerra Mundial.

La visión pesimista de la economía argentina permeó la historia económica toda, al punto que algunos análisis como los de política agropecuaria – que indirectamente se relacionan con nuestro tema por tratarse de los productos exportables – han concluido que el desarrollo originario de la economía argentina estuvo atado a los intereses extranjeros y que, ello, favoreció la producción orientada a necesidades externas – ganadería y agricultura – en vez de privilegiar las locales, como la industria (Fienup, Brannon y Fender: 1972, p. 19). Desde esta perspectiva, recién en los 30s se advierte una diferencia en las políticas asumidas, con el “proteccionismo a la inversa” y con los movimientos cooperativistas que asestaron un duro golpe a los consorcios exportadores - para los autores de esta línea, vinculados a sentimientos proyanquis y al anti – imperialismo británico (Pereira: 1983).

Sin entrar en una crítica a las teorías más clásicas de la dependencia que actualmente han caído en desuso como las versiones de Gunder Frank o Peter O'Brien (Platt: 1980), podríamos precisar, sin embargo, que algunas de las ideas básicas de esta corriente de pensamiento han permeado la visión sobre la historia económica latinoamericana, en general, y argentina, en particular.

Dentro de los enfoques dependentistas existirían en el ámbito de las relaciones económicas internacionales, al menos, dos instrumentos que vehicularían relaciones desfavorables a los países periféricos: el comercio y las inversiones. Si en el primero, las características salientes serían la tendencia a la baja de los precios de los productos primarios exportables, la menor capacidad tecnológica y la manipulación de políticas comerciales por parte de los países centrales; en el segundo las altas tasas de interés y rentabilidad en los países periféricos, así como las inversiones orientadas según las necesidades de los países dominantes, constituirían los rasgos más notorios. Las hipótesis Prebisch – Singer⁷ que conducen al deterioro de los términos de intercambio para los países productores de bienes primarios no sólo dependerían del bien en cuestión, sino que no fueron totalmente plasmadas en la realidad pues, en una visión de largo plazo, algunos productos tendieron a la baja y otros se incrementaron. Y si no reparásemos en los precios, y lo hiciéramos en las cantidades exportadas, ello estaría sujeto, en última instancia, a los distintos grados de apertura de los países importadores.

Una de las críticas predominantes a los enfoques dependentistas es la consideración de la sumisión a los mercados y capitales externos sin tomar en consideración la evolución del mercado interior así como la falta de una respuesta alternativa al devenir histórico, es decir, si luego de la independencia del siglo XIX la región del Río de La Plata se dedicó a la producción y exportación de materias primas como lanas, cereales y carnes destinados a los llamados “centros hegemónicos”, cómo podría ello haberse alterado en las postrimerías del siglo XIX y primeras décadas del siguiente si los términos de intercambio para los productos alimenticios fueron favorables entre 1896 y 1929, a excepción del lapso 1920 – 1924 (Platt: 1980, p. 443). Del mismo modo, cabría la pregunta sobre qué otro rumbo podrían haber tomado los capitales extranjeros que arribaron al país en esos años si no eran destinados a la producción primaria.

También existen consideraciones de que la absoluta dependencia de la economía argentina agropecuaria del mercado inglés frenó la expansión de Estados Unidos en Argentina, dado que los jerarcas de Wall Street habían reconocido al país como área de la libra, lo cual explicaría el Pacto Roca- Runciman (Sommi: 1949, p. 79).

En otro ángulo de análisis, Mario Rapoport (1976) también ha sostenido que la influencia británica aumentó con la firma del Pacto Roca – Runciman, gracias a la cual los gobiernos locales se empeñaron en una batalla permanente con el Dpto. de Estado norteamericano, cuyas secuelas más notorias se podrían advertir en las conferencias

⁷ Las ideas de estos autores apuntan a la baja elasticidad ingreso de la demanda por productos primarios y/o mayor poder de mercado para defender precios y salarios en las empresas y sindicatos de países desarrollados.

panamericanas. Sin embargo, el autor marcó el desplazamiento de las exportaciones británicas por las procedentes de EE.UU desde la década del '20, así como su declinación proporcional en inversiones comparadas con las norteamericanas o de otros países europeos.

Interpretaciones más actuales continúan explicando la política exterior argentina de los 30s frente a los británicos por su importancia como mercado de carnes, lo cual podría haberse relacionado con la asignación de las divisas entre usos competitivos (de Paiva Abreu: 1980, p. 545, 551-2).

Nuestra idea sería, entonces, matizar – y no por ello negar - una visión tradicional – que, sin embargo, aparece muchas veces tamizada en estudios más actuales – que señalaría que la decadencia de la economía británica – claramente marcada en su desempeño desde la I Guerra Mundial – habría arrastrado consigo a la economía argentina. Según Gerchunoff y Aguirre en los diez años que siguieron al cese del fuego, las economías se mostraron tanto o menos volátiles que hasta 1914 - con la excepción de Inglaterra, que acusaba notoriamente la pérdida de liderazgo en la economía global (Gerchunoff & Aguirre: 2006, p.14), arrastrando a países dependientes de la misma como Argentina. Mario Rapoport ha señalado que desde las últimas décadas del siglo XIX, Estados Unidos apareció como competidor de Gran Bretaña. Hacia 1930, cuando el resto de los países latinoamericanos quedó bajo el área de influencia norteamericana, Argentina con el lema “comprar a quien nos compra” recreó el área de la libra esterlina y, con ello, estrechó su relación con los británicos (Rapoport: 1988, p. 48/9). Nuestra propuesta parte de la idea de que, si bien Inglaterra reforzó su posición de compradora de los productos argentinos en las primeras décadas del siglo XX, su participación relativa se acentuó en el primer quinquenio de la década de 1930. Y ello se explica más por el declive en las compras de los otros grandes *partenaires* comerciales de Argentina (Francia, Alemania y Estados Unidos) que sufrieron más fuertemente la Gran Depresión, que por el aumento en las exportaciones hacia Gran Bretaña. Sobre esta línea, especial dentro de nuestro esquema de investigación, querríamos detenernos para precisar que, entre otros motivos que no olvidaríamos – y que, de hecho, serán puestos en el escenario de nuestro proyecto -, ante las circunstancias de la economía internacional en el primer lustro de la década de 1930, volcarse al mercado inglés fue un recurso del gobierno nacional para eludir el momento más agudo de la crisis. Incluso, que Inglaterra hubiera abandonado el patrón oro, al menos en el corto plazo, favoreció su posición en el comercio exterior (Williams: 1971, p. 72).

Una de las cuestiones que explicaría la crisis de 1930 a nivel general de los países – preanunciada ya en la posguerra – sería el hecho de que se sostuviera el patrón – oro en un contexto distinto al pre-bélico. La dependencia de Argentina de los préstamos externos y de los precios de sus exportaciones se conjugó para que se saliera de la norma monetaria en 1929, incluso antes de que lo hiciera Gran Bretaña (Eichengreen: 1992, p. 236-238).

Desde finales de los 20s el mercado británico asumió un rol trascendental para la exportación de carnes. En 1926 Estados Unidos tomó medidas proteccionistas perjudiciales para este tipo de productos; en 1927 Francia, Bélgica e Italia aumentaron las tarifas y Alemania disminuyó sus compras. La tendencia hacia el mercado británico fue más notable en las carnes enfriadas dadas las distancias desfavorables para otros competidores como Nueva Zelanda o Australia.

El nacionalismo económico imperante desde fines del '20, entre otros elementos, incluyó proteccionismo agrario que – en las relaciones económicas internacionales – se tradujo en cuotas a la importación, primas, aumento de aranceles y control de cambios. Las exportaciones agropecuarias argentinas fueron afectadas por distintas vías según los destinos. Dentro de los cereales, el mercado más dinámico fue el del maíz y los declinantes fueron los de centeno, cebada y avena – de menor trascendencia para Argentina. La lana fue otro producto dinámico, de gran recepción en Europa, pero que contaba con otros competidores como Australia, Sudáfrica y Nueva Zelanda. Si Alemania usó medidas paraarancelarias como las barreras sanitarias, Francia impuso cuotas por países en las carnes, creó una sobretasa por las diferencias de cambios y elevó las tarifas para la compra de trigo e Italia reafirmó su “batalla del trigo” restringiendo la entrada de cereales foráneos, pero abierta a la entrada de carnes. Los efectos más perniciosos en Estados Unidos fueron los que se suscitaron a partir de la Ley Harvey – Smoot. En cuanto al principal mercado argentino, Inglaterra podríamos enumerar la

Abnormal Importations Custom Duties Act de 1931 (por seis meses se aplicarían derechos protectores *ad valorem* del 100%), la *Wheat Act* y el “proteccionismo imperial”, cuyo objetivo fue el aumento de los intercambios entre el Reino Unido y sus dominios. En la Conferencia de Ottawa Australia, Sudáfrica y Canadá se quejaron por la competencia argentina, lo que llevó a la baja de la importación de carnes ovinas y bovinas congeladas y enfriadas por cuotas trimestrales (Conil Paz & Ferrari: 1964).

A pesar, ya tal como lo hemos mostrado, de que el proteccionismo agrario se recrudezca en la segunda mitad del decenio de 1920, hay autores que lo hay señalado en períodos anteriores. En este sentido, O'Rourke y Williamson han mostrado que era una tendencia creciente en Francia y Alemania (y ello podría constituir un punto a sumar en nuestra mirada de larga duración, incluyendo entonces las políticas comerciales tomadas al otro lado del Atlántico, y que podrían haber incidido en las negociaciones posteriores).

La Depresión afectó severamente a los mercados de trigo y carnes. Alemania, Francia e Italia aumentaron sus aranceles, combinaron precios fijos, precios mínimos y subsidios e impusieron a sus industrias harineras la obligación de comprar materias primas nacionales. Además, el comercio de importación pasó a ser un monopolio gubernamental. La reducción de las importaciones de carne en Alemania, Francia, Italia y Bélgica fue mayor al 50% (Llach: 2006, p. 41- 42).

Aunque esto debiera constatarse empíricamente, a raíz de los primeros datos analizados, podríamos arriesgar que ni el Pacto Roca – Runciman ni el Acuerdo de Ottawa afectaron las exportaciones argentinas y de sus competidores, Australia y Canadá, respectivamente. Esta última propuesta chocaría con el tradicional – no por ello menos actual – pensamiento que reconoce que pertenecer a un club tiene beneficios como la facilidad en el acceso a capitales o la moderación de crisis, lo cual habría sido el *pricing* por la independencia argentina.

Lógicamente, el Pacto Roca – Runciman no podría estudiarse sin considerar sus aspectos colaterales como el control de cambios de 1933 que nació como resultado del mismo. Si bien la medida conoce como antecedente inmediato la Comisión que se formó para tal fin en octubre de 1931, la visita de D'Abernon – para menguar los efectos del respetado principio por parte de Argentina de nación más favorecida - constituyó un posible origen también. Generalmente, se sostiene que el control de cambio fue una herramienta contra las mercaderías de otros países, mutando de instrumento de política monetaria a política comercial discriminatoria (Salera: 1941, p. 68). Entonces, cabría preguntarse si efectivamente significó el derrumbe de las importaciones norteamericanas, reforzando esto el bilateralismo comercial con la declinante potencia británica (García Heras: 1985, p. 35). La idea no sólo es compartida por la historiografía nacional, autores extranjeros como Derek Aldcroft han argüido que el propio Acuerdo de Ottawa tuvo el efecto de generar en lo inmediato pactos bilaterales – y el Tratado Roca – Runciman se incluye en esta línea – que, entre otros motivos, buscaba competir con terceros mercados (Aldcroft: 1970, p. 293).

Uno de las ideas que hoy se expresan con mayor nitidez es que si el Pacto Roca – Runciman falló en garantizar una relación a largo plazo porque el reemplazo de los capitales ingleses por los norteamericanos fue inevitable (Drosdoff: 1972, p. 154), al menos tuvo conexión con la política doméstica, por cuanto los intereses de los sectores ingleses compradores estuvieron en connivencia con un régimen que se mantuvo en el poder por la fuerza (Mac Donald en Hennessy & King: 1992, p. 85).

En 1934 la reapertura del mercado italiano sumado al pacto comercial con Alemania, así como los acuerdos con Holanda, Bélgica, Suiza, Checoslovaquia y España imprimieron dinamismo al comercio de carnes y cereales en el exterior. Según Gravil, la recuperación coincidió con un momento de fuerte intervención estatal en que se firmaron tratados bilaterales (Gravil: 1971, p. 426).

En todo caso, y para no entraparnos en miradas parciales, es cierto que, en una mirada de larga duración de las relaciones económicas internacionales argentinas como la propuesta, no podrían dejar de chequearse las cuestiones de préstamos de capitales a nivel externo. También habría que incluir una mención a los temas fiscales y estudiar los precios, las condiciones de exportación y los otros pactos comerciales firmados.

El presente proyecto parte, entonces, de las observaciones antes señaladas para proponerse una reevaluación de las relaciones externas argentinas en la etapa a analizar. Una revisión de los vínculos con los países mencionados de Europa continental y Estados Unidos, contribuiría a dimensionar mejor la relación con Gran Bretaña, y así comprender de manera más profunda el lugar de Argentina en el contexto internacional de la época.

Nuestro objetivo general será, por lo tanto, llevar adelante una investigación que permita tener una visión de conjunto de las relaciones económicas existentes y una perspectiva de análisis posible sería la historia de las relaciones económicas internacionales (Foreman Peck: 1985; Jackson: 1997; Dpto Economía Univ. de la Rep.: 2003). Para ello, partiremos de los datos empíricos a los fines de analizar, posteriormente, cómo se desarrollaron las relaciones económicas en general, y las estrategias mutuas de política externa, en particular.

Desde luego, la longitud del período a abordar, y la variedad de países a tratar, hacen impensable cubrirlo todo con similar intensidad. Nuestro propósito es hacer una primera aproximación que permita caracterizar las etapas, agrupar el tipo de relaciones económicas externas (comercio, inversiones) con diversos actores, y llevar a cabo una primera visión de las vinculaciones diplomáticas con estos países en función de esas relaciones económicas. Con posterioridad, y en base a esta primera visión, se optará por profundizar el estudio del vínculo con países y períodos específicos, que sean claves para comprender el proceso. Las preguntas de fondo serán 1) en qué medida la red de relaciones económicas de la Argentina con diversos países moldearon sus políticas externas, 2) cuál fue la capacidad de influencia que los distintos países tuvieron sobre las decisiones soberanas del país y 3) cómo se planteó la Argentina estas relaciones. Podrá verse, también, hasta qué punto los cambios en la política interna influyeron sobre las relaciones externas por razones ideológicas o políticas, y hasta dónde éstas se basaron más bien en razones pragmáticas, vinculadas con las situaciones económicas. Desde luego, teniendo en cuenta la forma en que diferentes grupos de interés internos, lobbies políticos o ideológicos, etc. influyeron en las decisiones adoptadas. En resumen, se trata de ordenar de manera sistemática las estadísticas de las relaciones económicas externas, y revisar la documentación sobre los vínculos en ese y otros niveles, para intentar comprender sus relaciones mutuas.

BIBLIOGRAFIA

- Aldcroft, Derek (1970), *The Inter-War Economy: Britain, 1919 – 1939*, Londres, B. T. Batsford.
- Aldcroft, Derek (1980), *The European Economy, 1914 – 1980*, Londres, Croom Held.
- Alhadeff, Peter, “Dependencia, historiografía y objeciones al Pacto Roca – Runciman” en *Desarrollo Económico*, Vol. 25, N° 99 (octubre – diciembre 1985).
- Alvarez, Juan (1929), *Temas de historia económica argentina*, Buenos Aires, Editorial El Ateneo.
- Amaral, Samuel & Valencia, Marta (1999), *Argentina: el país nuevo. Problemas de historia económica, 1880 – 1914*, La Plata, Universidad de La Plata Ediciones.
- Ashworth, William (1960), *An Economic History of England. 1870 to 1939*, Londres, Methuen & Co. Ltd.
- Beveraggi Allende, Walter (1954), *El servicio del capital extranjero y el control de cambios*, México, FCE.
- Bill, Albert (1988), *South America and the First World War. The Impact of the War in Brazil, Argentina, Peru and Chile*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Broadberry, S.N & Crafts, N.F.R (1992), *Britain in the International Economy*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Bulmer Thomas, Víctor (1998), *La historia económica de América Latina desde la independencia*, México, FCE.
- Caputo de Astelarra, Sara, “La Argentina y la rivalidad comercial entre los Estados Unidos e Inglaterra (1899-929)” en *Desarrollo Económico*, Vol. 23, N° 92 (enero – marzo 1984).

- Cardoso, Ciro F. & Pérez Brignoli, Héctor (1999, 1979), *Historia Económica de América Latina*, Vol. II, Barcelona, Editorial Crítica.
- Chevallier, François (1983), *América Latina de la independencia a nuestros días*, Barcelona, Editorial Labor.
- Cipolla, Carlo M. (ed.) (1982), *Historia Económica de Europa*, Barcelona, Ariel.
- Cisneros, Andrés & Escude, Carlos (2000), *Historia de las Relaciones Exteriores Argentinas*, Tomo VIII, Buenos Aires, Consejo Argentino de Relaciones Internacionales.
- Conil Paz, Alberto & Ferrari, Gustavo (1964), *Política exterior argentina 1930 – 1962*, Buenos Aires, Ediciones Huemul.
- Cortés Conde, Roberto (1969), “El sector agrícola en el desarrollo económico argentino, 1880 – 1910” en *Serie Seminarios del Centro Investigaciones Económicas (ITDT)*, Buenos Aires.
- Cortés Conde, Roberto (1974), *Hispanoamérica: la apertura al comercio mundial 1850-1930*, Buenos Aires, Paidós.
- Cortés Conde, Roberto (1979), *El progreso argentino (1880 – 1914)*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
- Cortés Conde, Roberto, “Estimaciones del Producto Bruto Interno de Argentina. 1875 – 1935”, octubre de 1994, *Documentos de Trabajo*, N° 3, Departamento de Economía y Matemática, Universidad de San Andrés.
- Cortés Conde, Roberto (1998), *Progreso y declinación de la economía argentina*, Buenos Aires, FCE.
- Craincross, Alexander Kirkland (1936), *Home and Foreign Investment in Great Britain, 1870 – 1913*, Unpublished Thesis, The Cambridge University.
- De Paiva Abreu, Marcelo, “La Argentina y Brasil en los años treinta. Efectos de la política económica internacional británica y estadounidense”, *Desarrollo Económico*, Vol. 24, N° 96 (enero – marzo 1985).
- Departamento De Economía De La Facultad De Ciencias Sociales De La Universidad De La República (2003), *Economía para No Economistas*, Montevideo, DE-FCS-Univ. de la República.
- Díaz Alejandro, Carlos F. (1983), *Ensayos sobre la historia económica argentina*, Buenos Aires, Editorial Amorrortu.
- Diéguez, Héctor L., “Crecimiento e inestabilidad del valor y el volumen físico de las exportaciones argentinas en el período 1864 – 1963” en *Desarrollo Económico*, Vol. 12, N° 46 (julio - setiembre 1972).
- Di Tella, Guido; Zymelman, Manuel & Petrecolla, Alberto (1973, 1961), *Las etapas del desarrollo económico argentino*, Buenos Aires, Paidós.
- Drosdoff, Daniel (1972), *El gobierno de las vacas (1933 – 1956). Tratado Roca – Runciman*, Buenos Aires, Ediciones La Bastilla.
- Eichengreen, Barry (1992), *Golden Fetters. The Gold Standard and the Great Depression, 1919 – 1939*, Nueva York, Oxford University Press.
- Escudé, Carlos (1983), *Gran Bretaña, Estados Unidos y la declinación Argentina 1942 – 1949*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano.
- Feis, Herbert (1965), *Europe. The World's Banker, 1870 – 1914*, Nueva York, Norton & Co.
- Fernandez, Alejandro & Moya, José C. (ed.) (1999), *La inmigración española en la Argentina*, Buenos Aires, Editorial Biblos.
- Fernandez, Alejandro (2004), *Un mercado étnico en el Plata: emigración y exportaciones españolas a la Argentina (1880 – 1935)*, Madrid, CSIC.
- Ferns, Henry Stanley (1974, 1960), *Gran Bretaña y Argentina en el siglo XIX*, Buenos Aires, Solar – Hachette.
- Ferrari, Gustavo (1981), *Esquema de la política exterior argentina*, Buenos Aires, EUDEBA.
- Ferrer, Aldo (1963), *La economía argentina. Las etapas de su desarrollo y problemas actuales*, México, FCE.
- Ferreres, Orlando (dir.) (2005), *Dos Siglos de Economía Argentina (1810-2004)*, Buenos Aires, El Ateneo.
- Fienup, Darrell, Brannon, Russell & Fender, Frank (1972), *El desarrollo agropecuario argentino y sus perspectivas*, Buenos Aires, Editorial del Instituto.
- Fodor, Jorge G. & O'Connell, Arturo, “La Argentina y la Economía Atlántica en la Primera Mitad del Siglo XX”, *Desarrollo Económico*, Vol.13, N° 49 (abril – junio 1973).
- Ford, Alec G. (1966, 1962), *El patrón – oro: 1880 – 1914. Inglaterra y Argentina*, Buenos Aires, Editorial del Instituto.
- Foreman-Peck, James (1985), *Historia de la economía mundial: las relaciones económicas internacionales desde 1850*, Barcelona, Ariel.

- Fuchs, Jaime (1958), *La penetración de los trusts yanquis en la Argentina*, Buenos Aires, Editorial Cartago.
- Gallo, Ezequiel & Ferrari, Gustavo (comps.) (1980), *La Argentina del Ochenta al Centenario*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
- García Heras, Raúl (1978), *Argentina, Gran Bretaña y Estados Unidos, 1928 – 1930*, Documento de Trabajo N° 2, Buenos Aires, Fund. para el Estudio de los Problemas Argentinos.
- García Heras, Raúl (1985), *Automotores norteamericanos, caminos y modernización urbana en la Argentina, 1918-1939*, Buenos Aires, Libros de Hispanoamérica.
- Gelman, Jorge (comp.) (2006), *La historia económica argentina en la encrucijada. Balances y perspectivas*, Buenos Aires, Editorial Prometeo.
- Gerchunoff, Pablo & Aguirre, Horacio, “La economía argentina entre la gran guerra y la gran depresión” en *Serie Estudios y Perspectivas*, N° 32, mayo de 2006, Buenos Aires, Oficina de la CEPAL.
- Gerchunoff, Pablo & Llach, Lucas (2007), *El ciclo de la ilusión y el desencanto. Un siglo de políticas económicas argentinas*, Buenos Aires, Emecé Editores.
- Gerchunoff, Pablo, Rocchi, Fernando & Rossi, Gastón (2008), *Desorden y progreso. Las crisis económicas argentinas, 1870 - 1905*, Buenos Aires, Editorial Edhasa.
- Giménez Zapiola, Marcos (comp.) (1975), *El régimen oligárquico. Materiales para el estudio de la realidad argentina (hasta 1930)*, Buenos Aires, Amorrortu Editores.
- Goodwin, Paul B. (1974), *Los ferrocarriles británicos y la U.C.R., 1916- 1930*, Buenos Aires, Ediciones La Bastilla.
- Gravil, Roger, “La intervención estatal en el comercio de exportación argentino entre las dos guerras”, *Desarrollo Económico*, Vol. 10, oct. – dic 1970 | ene. – mar. 1971, N° 39-40.
- Halperin Donghi, Tulio, CORTES CONDE, Roberto & GOROSTEGUI DE TORRES, Haydée (1965), *Evolución del Comercio Exterior Argentino I. Exportaciones* (mimeo).
- Hanson, Simon G. (1938), *Argentine Meat and the British Market*, Stanford, Stanford University Press.
- Hennessy, Alistair & King, John (ed.) (1992), *The Land that England Lost. Argentine and Britain, a Special Relationship*, Londres, The British Academic Press.
- Hobsbawm, Eric (2006), *Historia del Siglo XX, 1914-1991*, Barcelona, Ed. Crítica.
- Jackson, J. H. (1997), *The World Trading System. Law and Policy of International Economic Relations*, Massachusetts, MIT.
- Jalabe, Silvia Ruth (comp.) (1996), *La política exterior argentina y sus protagonistas: 1880-1995*, Nuevohacer Grupo Editor Latinoamericano.
- Kindleberger, Charles P. (1992), *El orden económico internacional*, Barcelona, Editorial Crítica.
- Korol, Juan Carlos & Tandeter, Enrique (1999), *Historia económica de América Latina: problemas y procesos*, Buenos Aires, FCE.
- Lewis, Cleona (1938), *America's Stake in International Investments*, Washington, The Brookings Institution.
- Lewis, Collin M. (1983), *British Railways in Argentina 1857 – 1914. A Case of Study of Foreign Investment*, Londres, Cambridge University Press.
- Llach, Lucas, “Argentina y el Mercado mundial de sus productos, 1920 – 1976” en *Serie Estudios y Perspectivas*, N° 35, agosto de 2006, Buenos Aires, Oficina de la CEPAL.
- Marichal, Carlos (coord.) (1995), *Las inversiones extranjeras en América Latina, 1850-1930. Nuevos debates y problemas en historia económica comparada*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Mayo, Carlos, Andino, O. R. & García Molina, F. (1976), *La diplomacia del petróleo (1916 – 1930)*, Buenos Aires, CEAL.
- McGann, Thomas Francis (1960), *Argentina, Estados Unidos y el sistema interamericano 1880-1914*, Buenos Aires.
- Mercadante, Luis (ed.) (1970), *Presencia de Italia en la Argentina durante el período 1880 – 1914*, Buenos Aires, Inst. Italiano de Cultura.
- Míguez, Eduardo José, “El Fracaso Argentino”. Interpretando la Evolución Económica en el “corto siglo XX”, *Desarrollo Económico*, Vol. 44, N° 176 (enero – marzo 2005).
- Nascimbene, Mario (1988), *Los italianos y la integración nacional. Historia evolutiva de la colectividad italiana en la Argentina (1835 – 1965)*, Buenos Aires, Ediciones Selección.
- Newton, Ronald (1995) *El cuarto lado del triángulo: la amenaza nazi en la Argentina [1931-1947]*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Norden, Deborah & Russell, Roberto (2002), *The United States and Argentina: Changing Relations in a Changing World*, Nueva York, Routledge.
- O'Connell, Arturo, “La Argentina en la Depresión. Los problemas de una economía abierta”, *Desarrollo Económico*, Vol. 23, N° 92 (enero – marzo 1984).

- Olivari, Ricardo E. (1963), *El comercio exterior argentino: reorientación necesaria*, Buenos Aires, Edinorte.
- Paradiso, José (1993), *Debates y Trayectoria de la Política Exterior Argentina*, Buenos Aires, GEL.
- Pereira, Susana (1983), *En tiempos de la república agropecuaria (1930 – 1943)*, Buenos Aires, CEAL.
- Peterson, Harold (1970), *La Argentina y los Estados Unidos, 1810-1960*, Buenos Aires, EUDEBA.
- Phelps, Vernon L. (1938), *The International Economic Position of Argentina*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press.
- Platt, D.C.M., “Objeciones de un historiador a la teoría de la dependencia en América Latina en el siglo XIX” en *Desarrollo Económico*, Vol. 19, N° 76 (enero – marzo 1980).
- Platt, D.C.M. (1968), *Finance, Trade and Politics in British Foreign Policy, 1815 – 1914*, Oxford, Clarendon Press.
- Platt, D. C. M. (1972), *Latin America and British Trade. 1806 - 1914*, Londres, Adam & Charles Black.
- Platt, D. C. M. (1986), *Britain's Investment Overseas on the Eve of the First World War: The Use and Abuse of Numbers*, Londres, Palgrave-Macmillan.
- Randall, Laura (1983), *Historia económica de la Argentina en el siglo XX*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Rapoport, Mario, “La política británica en la Argentina a comienzos de la década de 1940”, *Desarrollo Económico*, Vol. 16, jul. – sept. 1976, N° 62, Buenos Aires, IDES.
- Rapoport, Mario (1980), *Gran Bretaña, Estados Unidos y las clases dirigentes argentinas: 1940-1945*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano.
- Rapoport, Mario (1988), *De Pellegrini a Martínez de Hoz: el modelo liberal*, Buenos Aires, Centro Editor para América Latina.
- Regalsky, Andrés (2002), *Mercados, inversores y elites*, Buenos Aires, Editorial Nueva Sociedad.
- Regalsky, Andrés (1986), *Las inversiones Extranjeras en la Argentina*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- Rippy, Fred J. (1959), *British Investments in Latin America, 1822 -1949*, Minneapolis.
- Rivadulla Barrientos, Daniel (1992), *La amistad irreconciliable: España y Argentina, 1900-1914*, Madrid, Ed. Mapfre.
- Rocchi, Fernando (2006), *Chimneys in the Desert: Industrialization in Argentina During the Export Boom Years, 1870-1930*, Stanford U. Press.
- Rock, David (1992, 1975), *El radicalismo argentino, 1890 – 1930*, Buenos Aires, Amorrortu Editores.
- Rowthorn, B., Warren, B., Emmanuel, A., Cardoso, F. H. (1973), *Capital monopolista yanqui y capital monopolista europeo*, Buenos Aires, Granica Editor.
- Ruiz Moreno, Isidoro (1961), *Historia de las relaciones exteriores argentinas (1810 – 1955)*, Buenos Aires, Editorial Perrot.
- Salera, Virgil (1941), *Exchange Control and Argentine Market*, Nueva York, Columbia University Press.
- Scobie, James (1964), *Revolución en las Pampas. Historia social del trigo argentino. 1860 – 1910*, Buenos Aires, Solar / Hachette.
- Skupch, Peter, Panaia, M. & Lesses, R. (1975), *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Vol. II, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Smith, Peter (1968), *Carne y Política en la Argentina*, Buenos Aires, Buenos Aires, Editorial Paidós.
- Sommi, Luis (1945), *Los capitales alemanes en Argentina*, Buenos Aires, Editorial Claridad.
- Sommi, Luis (1949), *Los capitales yanquis en Argentina*, Buenos Aires, Editorial Monteagudo.
- Tulchin, Joseph S. (1990), *La Argentina y los Estados Unidos; historia de una desconfianza*, Buenos Aires, Planeta.
- Underwood Faulkner, Harold (1956), *Historia Económica de los Estados Unidos*, Buenos Aires, Editorial Nova.
- Van Der Karr, Jane (1974), *La I Guerra Mundial y la política económica argentina*, Buenos Aires, Editorial Troquel.
- Vázquez Presedo, Vicente (1968), *Sobre la estructura de las importaciones en los comienzos del desarrollo industrial argentino*, Buenos Aires, Inst. de Investigaciones Económicas.
- Vázquez Presedo, Vicente (1976), *Estadísticas Históricas Argentinas 2 [comparadas]: segunda parte 1914-1939*, Buenos Aires, Macchi.
- Vázquez Presedo, Vicente (1978), *Crisis y retraso: Argentina y la Economía Internacional entre las dos Guerras*, Buenos Aires, EUDEBA.
- Vázquez Presedo, Vicente (1979), *El Caso Argentino: Migración de Factores, Comercio Exterior y Desarrollo 1875-1914*, Buenos Aires, EUDEBA.
- Vitelli, Guillermo (1999), *Los dos siglos de la Argentina. Historia económica comparada*, Buenos Aires, Prendergast Editores.
- Watson, Guy M. (1960), *El Banco de Inglaterra*, México, Centro de Estudios Monetarios Latinoamericanos.

- Weinmann, Ricardo (1994), *Argentina en la Primera Guerra Mundial. Neutralidad, Transición Política y Continuidad Económica*, Buenos Aires, Editorial Biblos.
- Whitaker, A. P. (1956), *La Argentina y los Estados Unidos*, Buenos Aires, Proceso.
- Williams, John H. (1969), *Argentine International Trade Under Inconvertible Paper Money, 1880-1900*, Nueva York, Greenwood.
- Williams, L. J. (1971), *Britain and the World economy, 1919 – 1970*, Londres, Fontana / Collins.
- Witker, J. & Hernández, L., (2002), *Régimen jurídico del Comercio Exterior de México*, México D. F, UNAM, Inst. Invest. Jurídicas.
- Wright, Winthrop R. (1974), *British – Owned Railways in Argentina. Their Effects in Economic Nationalism, 1854 – 1941*, Austin, University of Texas Press.